

## FR. GERUNDIO.

---

*Si quis dixerit hoc non llevaré tra-  
sas faciendi se æternum sicut tibias,  
anathema sit.*

---

Si alguno dijere que esto no lleva tra-  
zas de hacerse eterno como las gaitas,  
permita Dios que le salga en la nariz  
una berruga como un membrillo.

CONC. 5. GERUND.

---

## FR. GERUNDIO EN TAURO.

---

Yo soy un Fr. Gerundio como un sol; el sol  
entra mañana en Tauro: luego yo debo escribir  
esta capillada en Tauro. Tauro significa toro, lue-  
go debo hablar hoy de toros. Los toros tienen  
astas, luego yo debo tratar de astas. Las astas se

llaman mas propriamente cuernos , luego yo debo hablar hoy de cuernos.

Hermanos y hermanas , de cualquier estado que seáis , no os asustéis del término á que ha conducido hoy á Fr. Gerundio esta especie de argumentacion que llamamos los escolásticos *sorites*; no os asustéis , repito , porque no es tan bravo el cuerno como le pintan. Fácil me fuera probaros que el cuerno , lejos de ser un signo de infamia , lo fué siempre de distincion y de honor. Id sinó á la sala de *Numismática* de la Biblioteca Nacional , y decid de mi parte á mi amigo D. Basilio Sebastian Castellanos que os enseñe las medallas de Seleuco , primer rey de los asirios , y vereis la cabeza de aquel príncipe ornada de un cuerno de toro. Pedidle despues las de Alejandro el Grande ; y le vereis tan neto y tan elegante con ese mismo distintivo. Haced que saque , aunque le molesteis un poco , el cajon de las de Filipo rey de Macedonia (1), y encontraréis en su casco un par de ellos asi tamaños. Y si no hubiese estas medallas , porque á la verdad yo he visto muchos de los cajones desocupados , dejad á Castellanos y preguntádselo á Tito Livio , que es hombre que no me dejará mentir. ¿Q éreis mas? Decidme , hombres incrédulos , ¿queréis mas para vuestra

---

(1) El Filipo de Macedonia los llevaba : el Felipe de Francia nos les pone. ¿Tanta diferencia hay de Filipo á Felipe!

satisfacción? Pues leed el Exodo, libro sagrado, escrito por el dedo de Dios, y allí hallareis (cuidado que esto es de fé, y el que lo niegue, *anathema sit*, será un herege como una loma), hallareis, digo, en la frente de Moisés, el legislador escogido por Dios, un par de cuernos que no os dejarán nada que desear. *Facies ejus erat cornuta*, dice el sagrado testo: *su rostro era cornudo á tenia cuernos*. Yo no lo digo, el Exodo es quien lo dice; yo no hago mas que traducir (1). Y por último ¿uo les tiene la luna dos veces cada mes? ¿Pues qué mas?

Si ensartara aquí todo lo que me ocurre sobre la materia, y todo fundado en hechos y doctrinas, tendria para una capillada entera y aun algo mas. Pero creo que bastará para quitar el horror que se tiene á la palabra y para legitimar el uso de ella, que es lo único que me preponia. Tampoco es mi ánimo (¡Dios me libre!) recordar al hermano Espartero que cuando el sol entra en Tauro significa que vá trascurrido un mes de primavera. Eso lo sabe hasta el último soldado, cuanto mas un general en jefe. ¿Y por qué entra el general Febo en Tauro? Porque no es punto fortificado. ¡Mire vd. qué gracia! Si estuviera defendido por facciosos como Ramales y

---

(1) Es verdad que alude á los dos rayos luminosos que salian de la cara del legislador hebreo: pero al cabo se conoce que el nombre era honorífico.

Segura , ya se tentaria el Sr. Febo las barbas antes de intentar nada contra el fuerte de Tauro. Antes ya era de parecer que se suprimieran las palabras del Padre nuestro que dicen : *asi en la tierra como en el cielo*: porque en el cielo va ya pasado un mes de primavera y en la tierra todavia no ha empezado , y asi opino que deberian sustituirse á aquellas estas otras : « qué no es lo mismo en la tierra que en el cielo.»

Pero me voy á los toros , que aunque estos fueron el lunes , como la capilla gerundiana tiene fuerza retroactiva , tengo yo tambien facultades para hablar de las cosas cuando se me ponga en el magin. Oriundos de Castilla creo que eran los toritos ; de la casta del duque de Veraguas , y de consiguiente semi-paisanos mios y de los ministros , excepto el Sr. Alaix , que se ha criado en otras dehesas. Bien se le conoce en el pelo (el pelo hablando de ministros quiere decir el genio y las maneras) , pero no por eso es menos bravo ; al contrario , lo es mas que ninguno. Por lo demas , el resto de los ministros , los toros del lunes , y yo Fr. Gerundio , todos éramos *de la tierra*. Por eso fuí yo á verlos.

El crédito de la casta animó á la gente , esperanzada de que la corrida sería brillante. Asi es que se llenó la plaza. Pero el éxito no correspondió. Algun otro golpe dieron bueno y con nobleza : pero en lo general no acreditaron el pais. Bien es verdad que Veraguas , como diputado que

es á Córtes y uno de los mas abiertamente declarados contra este ministerio, es capaz solo por desacreditarle, de haber hecho venir los toros de menos provecho de la ganadería. Porque estos diputados, en tratándose de hacer la oposicion, no reparan en los medios. Todavía estoy viendo cuando un dia, si se abren las Córtes, y no encuentran cómo derribar al ministerio, hace venir Veraguas media docena de toros de su partido y los mete en el salon, y encarga á *Capita* (1) que se ponga detras del banco negro cuando estén sentados en él los ministros, y llamando á los toros con la capa encarnada, haga de modo que los embanasten, y así caiga el ministerio castellano.

Gordos y lucídos estaban los animales: se conocía que no eran cesantes ni esclaustrados: antes parecia que habian entrado á la parte con el Sr. Sevillano en la contrata de viveres. Unas cervices, que si como no hay monjes les hubiera, no diriamos que se habian mantenido de las yerbas de Araujuez, sino de las ollas del monasterio del Escorial. Unos ualgatorios... aqui me veo embarazado para buscar el término de comparacion: dejo á cada lector que le busque por sí. Y no hay que decir que traian *polisonas*, como ciertas damas

(1) *Capita* es uno de los banderilleros de la cuadrilla. Hay un diputado que se parece todo á él.



que á mi Paternidad le han señalado con el dedo, sino que todo era carne sólida y maciza como á la simple vista se dejaba conocer.

Hubo toros de diferentes colores. El primero fue pardo ó rojo; fue toro que me dió un mal rato, porque ví á *Leon* perdido con él. *Leon* nó creán vds. que es el cuadrúpedo á quien llaman el rey de los animales, sino el primer espada de la compañía de este año, que se llama Juan Leon, conocido por *Leoncillo*. Pues señor, el tal Leoncillo de resultas de haber dado una estocada en lueso se vió envuelto por su rival, y tuvo que tirarse al suelo. Por primera vez ví á un león debajo de un toro, pero fue tan afortunado que el vencedor pasó por encima de él dejándole sin lesion. Tubo mas fortuna que si fuera ministro.

El segundo no parecia de la ganadería de Ve-raguas, y de la Rivera, sino de la tribu de Dan en la Palestina, porque era un Sanson con astas. De la primera testerada echó abajo las puertas que llaman de cabestros con la misma facilidad que Sanson derribó las de Baza, y era abonado para llevárselas hasta la montaña de Hebron; y eso que de Madrid á Hebron todavía hay algunas leguas mas que desde Logroño á Haro. En seguida saltó y resaltó la talanquera con una agilidad que yo creí que acababa con todos los filistéos que había entre barreras. Un toro así le hizo falta á Van-Halen para abrir brecha en Segura; bien que ni aun así hubiera entrado, porque creo que

caían unos copos de miedo que parecía que nevaba. Dice en su parte que le faltaba agua para las tropas y los caballos, y mas abajo dice que hacía dos días que estaba lloviendo y nevado. Conciértame estas medidas, decía Quevedo. Si quando llueve y nieva falta agua, dice Fr. Gerundio, cuando achicharra el sol, ¿qué faltará? Entonces faltará calor. Bien digo yo que lo que nevaba era miedo. No, si á Van-Halen no le hubiera llovido hace dos meses un entorchado, no hubiera nevado ahora tanto en Segura. Sentí que matáran aquél toro, porque estoy en que le habíamos de necesitar para que nos abriese las puertas de las Cortes; que no abriéndolas un toro, lo que es los ministros no llevan trazas de abrirlas. Le mató Pastor, y me alegré que le hubiera tocado á él, porque á León témome que le hubiera desgarrado este Sanson, como desgarró el otro Sanson al otro leon que encontró en el camino de Thamnata cuando iba á ver la novia.

Hubo dos *pios*; uno fuerte y marrajo, otro claro y generoso. El primer pio era todo un Pio Pita; no por lo de *pio*, que esta coincidencia del nombre del uno con el color del otro no es una prueba de simpatía de cualidades para un Fr. Gerundio; sino porque era un toro conspirador en primera línea. El segundo pio era un Pio Laborada; porque así renunciaba él generosamente las copas, como D. Pio Laborada renunció la plaza de fiscal del tribunal supremo de la Guerra para que

fue nombrado en reemplazo de Olózaga. La generosidad y la nobleza son prendas muy recomendables para Fr. Gerundio, aunque sea en los toros, cuanto mas en los hombres. Tanto vá de Pio á Pio hombres, como de pío á pío toros.

El pueblo soberano habia proclamado *perros* desde el principio; tenia el pueblo aquella tarde gana de perros y lo habia manifestado diferentes veces. Yo no sé cómo hay todavía en Madrid quien desee perros, cuando á todos nos tienen estomagados los innumerables grupos de ellos que se encuentran por las noches revolviendo los montones de basura de las calles, y apestándolas mas de lo que ellas ordinariamente están. Estamos descaudo que los esterminen, y en la plaza los pedian. Decíase días pasados que andaban perros rabiosos: ¿qué ha de suceder? Lo que estraño yo no es que rabien los perros, sino que no rabien los hombres con las cosas que pasan, que no sé cómo no nos entra una hidrofobia general que acabamos unos con otros á mordiscos. Para perros basta y sobra con el que nos acaba de dar Van-Halen. Dicen que los romanos ahorcaban todos los años un perro en castigo de no haber estado vigilantes cuando los galos asaltaron el Capitolio. En Madrid era necesario ahorcar cada dia ciento (1) si se habia de esterminar esta pla-

---

(\*) Supónese que el *perro* de Van-Halen no vá comprendido en estos ciento.



ga. El presidente de la plaza estuvo muy rehuído en conceder los perros. Alcalde de vice-versas como buen alcalde español. En las calles donde no se quieren, no los quita; en la plaza de toros, donde se pedían, no les daba: este es un vice-versa del género canino como el hambre civil que nos devora. Al fin se enarbolaron mas de mil banderas de mocos á un tiempo (1), y esto y un pronunciamiento simultáneo, emitido por seis mil bocas y otros tantos exófagos, ablandó el corazón del presidente, que porque no se dijera acaso que tenía corazón de perro y anti-perruno al mismo tiempo, accedió por fin á que se los echasen al último toro. Justamente al toro de condicion mas mansa y apacible y que manifestaba mas sentimientos de humanidad; el Arrazola de aquella corrida: que si heria era porque le ostigaban, y en fin porque era toro. Sin embargo no me fiaria de él, sin mas razon que porque de ministros y de animales que no se confiesan no me fio nunca. Salieron los perros, y el primer perro fué perra. No fueron necesarios mas que tres para sujetarle. Con todo todavia despues de agarrados se desprendió de ellos el tal *Jarrico*, que asi se llamaba el toro, y los despidió como á pretendientes importunos. En ese punto de despedir pretendientes se manejan per-

---

(1) P:ñuclos de la mano llaman en idioma decente.

fectamente bien aun los toros mas dóciles y los ministros mas bravos; aun los Arrazolas y Jarritos. Al fin murió el prudente Jarrito desgraciadamente y dado á perros, como no quisiera que muriese su muerte ministerial mi paisano Arrazola.

Mas para que se vea si la tarde del lunes era tarde de perros, haste decir á vds. que lo primero que encontré en el Prado á la salida de los toros fué una señorita como de 18 años paseando con un perrito en brazos, es decir, al pecho, que le llevaba tapadito con la mantilla. Yo cuando ví aquel bulfo dije para mí: «¡Jesus María, qué jóven ha tenido familia esta señorita! Pero se conoce que debe ser una buena madre cuando hasta por el paseo público viene lactando á la criatura.» Efectivamente creí que era el niño, hasta que al hacer un movimiento descubrió las lanas, y entonces ví que era un can. Ahora ¿qué les parece á vds.? Si la hubiera dado un mordisco ¿qué tal? ¡Lástima de jóven! ¡Hija de mis entrañas!

Tengo mis razones para no internarme mas en esta materia: retiro pues de ella mi capilla de hatir; y aqui concluye un artículo que empezó en Tauro y acabó por un perrito pecbero: término á la verdad en que ni yo mismo pensaba. Sabe el hombre donde ha nacido y no sabe donde tendrá su fin.



## CAUSA DE COFRADIA.

---

Oye, Pelegrin.—¿Qué manda vd., señor?—Yo voy á salir, ¿entiendes?—Saldrá vd. fuera acaso, hé?—No, saldré dentro si te parece.—¿Qué sé yo, señor? Tales están las cosas, que yo no estrañaré que nosotros mismos entremos y salgamos al revés.—Digo que voy á salir, con que abí te queda ese original para que lo lleves corriendo á la imprenta: has de ir ligerito; como un galgo.—Señor, ahora que habla vd. de galgos, ¿qué buena pinta creo que tenían los que llevaron de aqui al conde de Luchana! Vaya que dice que daba gusto verlos. Ya vé vd.; quien puede lo arrastra.—Hombre, tú estás desjuiciado: ¿galgos de aqui para el conde de Luchana! Pues qué ¿te parece que un general en gefe de un ejército de *operaciones* no tiene mas en qué pensar que en correr liebres? Y mas ahora que habrá emprendi-

do ya la próxima campaña. Amigo, hay ratos en que parece que estas enteramente tonto.—Señor, no estoy tan tonto como vd. piensa, que á mi me lo han asegurado de seguro. Y qué ¿no podrían acaso servir los galgos para cazar facciosos? Lo cierto es que preguntando yo el otro dia á un sugeto cuándo atraparía Espartero á Maroto, me dijo el tal: «sí, sí, Pelegrín, échale un galgo.» Entonces dije yo: «state; vele ahí para qué querrá los galgos el hermano Baldomero.»—Calla, calla, simple, no creas tontunas. Por un lado pareces hombre de mundo, y por otro todo cuanto te dicen te lo tragas.

Con que ya te digo: ese original se lo llevas al editor, y le dices que en cuanto se imprima se lo guarde, y aunque se lo pidan despues Amorsós y todos los jueces de primera instancia del mundo, no se lo presente, ni diga quién la ha firmado, que para nosotros no hay mas Amorsós ni mas jueces que el Jurado; no sea que le sorprenda como al editor del *Eco*, y hecha la tropelía, bien podíamos apelar al Nuncio, que lo que es los otros tribunales así oyen las quejas como quien oye llover.—Señor, ahora que habla vd. de Nuncios, ¿cuántos Nuncios hay?—¿Cuántos ha de haber, hombre? Uno para cada estado católico.—Pues mire vd.; no lo pregunto por falta de misterio; porque tengo entendido que en España hay dos. ¿No me dijo vd. que había venido uno para D. Carlos con la princesa de Beira?—

Así es la verdad: el Sr. Ramírez.—Y la Reina nuestra también tendrá Nuncio.—También cerca de S. M. hay Nuncio ó legado del Papa, ¿qué ha de hacer? Y justamente se llama también Ramírez.—Há, señor, entonces serán hermanos ó parientes: pues eso sí que está bueno.—No, hombre: el de allá es Ramírez de la Piscina, y el de acá creo que es Ramírez de Arellano.—Pues bien, señor, serán primos-hermanos.—Te digo que no son parientes, vamos; me consta á mí. Ni se aun parecen en ideas; el de acá liberal decidido, el de allá... ya puedes tu suponer lo que será. Con que hazte cargo.—¿Pero no son ambos enviados por el señor Papa?—Los dos creo que tengan el caracter de legados de su Santidad, sí; pero eso no prueba sino que S. S. hace á todo. ¿Querías mas esplicaciones?—No señor; sino que como vd. habló de nuncios, se me ocurrió preguntar cuántos habia en España.

Con que llevos el original ¿entendes? Y le encargas que tenga presente el *atentado* cometido por el juez Amorós con el *Eco del Comercio* sobre estraccion de originales de la imprenta.—Pero señor, si ese Amorós ó Amoroso ó como se llame, comete un atentado contra las leyes de imprenta, ¿no hay un tribunal donde ponerle á el la ceniza?—Ay Tiraque! Poco sabes tu lo que son nuestros tribunales. ¿Quieres que te diga lo que decretó la sala tercera de la audiencia á la súplica ó apelacion que ante ella ha intentado dos otras veces

el editor del *Eco* en queja contra Amorós? Pues voy á decírtelo para que te aturda. *Use de su derecho* (dijo) *ante el juez de primera instancia, quien le oiga y administre justicia &c.*—Pero señor ¿el juez no es el mismo Amorós?—El mismo.—¿Y la queja no era contra el juez?—Pues ya se ve que era.—¿Y le dice que use de su derecho ante el juez!—Esa es la cosa.—Con que le hace juez y parte.—Discurre tú.—Señor, no soy legista, ni he estudiado mas leyes que á cada uno lo suyo y á Dios lo de todos, como dicen en mi lugar; pero pareceme que esa sentencia es una barbaridad; y que mejor que esos señores de la sala tercera lo habian de hacer los donados de la cocina segunda de allá de nuestro convento. ¿Y lo dejan así, señor?—Nada menos que eso. El *Eco* tiene intentada otra súplica ante el mismo tribunal, y si no le oye, protesta que llevará su queja al supremo dé justicia, al trono, á las cortes...—Señor, al Dios del cielo. Y yo les ayudaré con mis cortas fuerzas.—Así me gusta, Pelegrín; porque esta es causa de *cofradía*, y lo mismo debieras hacer si en lugar de ser el *Eco*, fuese cualquier otro *cofrade* á quien se hubiese atropellado: hoy por tí mañana por mí. Hoy ha cometido un juez un atentado quebrantando el artículo 50 de la ley de imprentas que prohíbe extraer ningun original de las redacciones antes que el Jurado declare haber lugar á la formacion de causa; y lo que hoy ha hecho el Sr. Amorós con el *Eco* lo intentará

mañana el ú otro como el con nuestra redacción.  
—¿Sabe vd. señor, lo que podemos hacer? Me guardo yo el orijinal, y que venga despues ese Amoroso á entenderse conmigo, que puede que en vez de darle el orijinal, le dé en los hocicos con el ori.....

Tapé de repente la boca á Pelegrin, que sinó creo que pronuncia en seguida el *nal* sin el *gi* sin dárselo un ardite por las leyes de la decencia.— Señor, me dijo, lo mejor se me ha quedado por decir.—Basta, basta; la intencion está conocida.



## LA FAJA Y LA CUEVA.



¡Carambola, señor don Pelegrinito, y que faja tan chusca se ha echado vd. el dia de su santo!—Si señor, bastante.—Pareces un general, hombre.—Si señor, parezco.—¡Pero qué circunspecto y qué grave!—Una cosa regular.—Vamos,

¿y te ha costado mucho?—No señor; andan baratas. No me ha costado accion ninguna.—Accion no te habrá costado, porque tampoco tu eres militar; pero te habrá costado dinero.—No señor, tampoco. La logré por favor.—¿Por favor!—Así por amistad particular. Ahí ese comerciante amigo de la esquina me dijo: «Vamos, Tirabeque, toma esa faja para que solemnices el día de tu santo.» Pues qué, le dije yo, ¿los días del santo se solemnizan con fajas?—Ya verá vd. me dijo, como el día del cumpleaños de la Reina se solemniza con algunas fajas allá en el norte.

En afecto, Pelegrin; yo así lo espero, y lo espero tanto mas, cuanto que ya S. M. ha mandado que se den las gracias al general en jefe hasta que le sean propuestos los premios á que se hayan hecho acreedores los que han contribuido á la grande é importante accion con que se solemnizó su cumpleaños. Y lo que es ahora las fajas que se den, se darán con justicia; porque todo lo merece la accion.—¿Tan grande ha sido, señor?—Toma!—Se conquistó una cueva.....!—Vd. se chancéa, mi amo.—Muchas gracias, Pelegrin. Ahí tienes el parte, lécle y lo verás.—Así es la verdad, señor. ¿Pero el haber tomado una cueva ha de valer fajas? Esa sí que no cuele por acá.—Pero hoho, ¿tú crees que sería alguna cueva de vino como las de nuestra tierra?—Señor, de vino no sería, pero al cabo una cueva no puede ser mas que una cueva.—Bien se



renace que no sabes la importancia que puede tener en una guerra civil la conquista de una cueva. Figúrate tú que fuese una cueva como la de Odollan en la Palestina, donde se refugió David con cuatrocientos hombres; ó como una que dice Estrabon que hay en la Arabia, que puede contener hasta cuatro mil; y por último ¿no mató nuestro infante Don Pelayo desde la cueva de Covadonga en Asturias ciento y veinte mil moros con un puñado de hombres que tenia allí encerrados? Vaya, hombre; tú sabes lo que puede influir la conquista de una cueva?—Señor, importará todo lo que vd. quiera; pero páreceme á mi que si la toma de una cueva vale fajas, nunca van á pasar de la cueva.—¿Por qué, hombre?—Porque ya no queda que dar.—Nunca falta; y verás verás con el aliciente de los premios de la cueva cómo se animan los generales, y se entran por el país enemigo como Pedro por su casa.

Y por ahora vete de una carrera á la imprenta, y di al regente...—Perdone vd. señor, mi carrera está ya hecha: ya no me muevo de aquí. Lo mas que haré será retirarme.—Tirabeque, ¿olvidas que eres mi lego?—Mi amo, ¿olvida vd. que estoy fajado? No dicen que en fajándose cada uno hace lo que le acomoda?—Yo te daré la faja, pícaro.

Se la desceñí, y en penitencia le he hecho ceñir un cilicio, para que aprenda que el súbdito, con faja ó sin ella, siempre es súbdito.

Así habian de hacer con todos los que en ei-  
ñéndose la faja se echan la cuenta de que tienen  
ya hecha la carrera, y dicen que no se mue-  
ven mas, ó lo hacen sin decirlo: desfajarlos, y  
hacerles ceñir un cilicio ó una sogá de esparto  
en penitencia.

